Crítica de la política cultural

Renato González Mello

En una transición política, la cultura podría ser un espacio para la construcción de la democracia. Eso no debería significar, como hoy piensan las autoridades, que debe sujetarse al consenso. El consenso, en un país con elecciones verosímiles, no es democrático. La construcción vertical de "consejos ciudadanos", en un país que ha rechazado el corporativismo, sólo puede servir para la restauración de las clientelas. La cultura sirve para la construcción de la democracia cuando se la concibe exactamente al revés. No debe ser el espacio para lograr consenso, debe servir para expresar, sin cortapisas, las diferencias de opinión. "Ciudadanizar" la cultura es un despropósito. La cultura no debe ser gobernada por la mayoría de los ciudadanos; debe ser la esfera donde se discuta la ciudadanía, les guste o no a los ciudadanos.

Por eso las instituciones de cultura deben ser autónomas. La pretensión de ciudadanizarlas es una coartada para no emprender una reforma real. Las encuestas y protestas encabezadas por la autoridad no representan a nadie. La cultura no deben controlarla los ciudadanos en el mismo sentido que controlan, por ejemplo, las leyes en los plebiscitos o a las autoridades en las elecciones. Un ciudadano es un individuo con derechos políticos. Vota o es votado, critica o es criticado, respeta las leyes o es castigado. En la república de la cultura se disputan algunos de sus derechos y obligaciones: se legitiman o caducan las representaciones del poder, las imágenes de la ciudadanía y las nociones de libertad, identidad o individualidad. En la cultura se formulan símbolos, rituales y jerarquías imaginarias. La cultura hace a los ciudadanos, y no al revés.

En su toma de posesión, rodeado por una escenografía de pésimo gusto, el presidente Fox aseguró que la cultura del Estado debe servir para consolidar la identidad nacional.

Avanzaremos y saldremos al mundo con orgullo y convencidos de que lo que nos distingue del resto del mundo, también es lo que nos da identidad.¹

Nuestra cultura viene de lejos. Es un legado de nuestra historia.

Hoy les invito a que juntos hagamos avanzar nuestra cultura un tramo más de su camino histórico.

Casi todos los gobiernos que han promovido la apertura comercial y la modernización económica a rajatabla han tenido el mismo punto de vista. Quien formuló esa ley, donde el chovinismo cultural es inversamente proporcional al nacionalismo económico, fue el fundador

del INBA, que por cierto fue también el fundador del PRI; Miguel Alemán asignó al INBA, en el decreto de su creación, la tarea de consolidar la mexicanidad: "Que el Estado debe atender, por su trascendencia evidente, la acción que el arte, en todas sus formas, es capaz de ejercer en la consolidación de la mexicanidad".²

Ese propósito, explicado por sus funcionarios, también significaba la protección del arte nacional "si la importación de arte pone en peligro el desarrollo y florecimiento del arte propio del país".³ Los gobiernos de México han buscado compensar las políticas económicas modernizadoras y pragmáticas con una política cultural nacionalista; han querido generar en el ámbito de la cultura el consenso insostenible en el ámbito de las inversiones y el comercio. También el régimen de Salinas, se recordará, quiso equilibrar su apertura en todos los ámbitos del comercio, la industria y las finanzas, con un renovado nacionalismo para la exportación. El costo de retomar ese chovinismo trasnochado fue muy alto y sería mayor en la actualidad. No sería el fin de la cultura, sino el aplastamiento de la crítica por el autoritarismo demagógico; el reciclaje del nacionalismo autoritario para uso de la nueva clase política.

Pero en el discurso del Estado se considera que la democracia debe servir como legitimación de la cultura, de tal manera que las exposiciones, los conciertos y las poéticas deben ser sometidas al escrutinio y la validación de los ciudadanos. Sari Bermúdez, al presentar el Programa Nacional de Cultura, encomió la consulta previa a ese documento:

La elaboración de este Programa Nacional de Cultura es ya una expresión de esa participación, es una obra colectiva, resultado de un proceso de consulta de alcances nacionales, una consulta que permitió tomar en cuenta las reflexiones, ideas, propuestas y proyectos de miles de mexicanos.⁴

Es francamente imposible tomar en cuenta "miles" de "propuestas y proyectos" en un documento programático. En cambio, el aparato cultural y sus nuevos funcionarios se han prodigado en despidos, defenestraciones y renunciaciones forzadas, piadosa tarea para la que a veces han esgrimido la opinión de la ciudadanía. Hay una línea muy tenue entre la consulta pública y los comités de salvación pública.

No es justo olvidar el orden en que aparecieron las expectativas, los proyectos y los cambios. La democracia fue una expectativa mucho antes de que el régimen fuera democrático. Es la poesía la que cuestiona a los ciuda-

danos; son las poéticas, las representaciones y la imaginación las que construyen o destruyen las legitimidades simbólicas. El presidente no puede iluminar la política cultural, pero la cultura bien podría iluminar su política. Cuando la democracia no provoca el florecimiento cultural, no favorece la diversidad de opiniones e intensos debates entre los ciudadanos, pierde su razón de ser. La democracia no legitima la cultura; la cultura legitima la democracia.

Por eso, la única política cultural que el Estado tiene derecho a emprender es la que otorgue autonomía, pero no financiera, sino política, legal y administrativa, a las instituciones de cultura. No al CNCA, sino a los museos, orquestas, editoriales y compañías de teatro y danza. La autonomía para la Orquesta Sinfónica Nacional. Que la dirección de publicaciones se convierta, como el Fondo de Cultura Económica, en una editorial con una política propia. Que la Compañía Nacional de Teatro añada a su nombre el adjetivo "Autónoma". No impunidad; impunidad es lo que hay ahora, solapada por una jerarquía vertical. Autonomía: responsabilidad. Es ridículo que sea autónomo el Banco de México, que sean autónomos los municipios, que sean autónomas las universidades, que sea autónomo el Instituto Federal Electoral, y que en cambio los museos, las ruinas y compañías de danza folclórica deban someterse a los caprichos de una administración vertical.

Hay que poner la idea de autonomía al "ya, ya, ya" de los foxistas y demócratas de última hora. Hay que oponer la idea de autonomía al oportunismo cultural de las autoridades estatales y del gobierno capitalino, casi siempre incapaces de articular una alternativa en la esfera de las representaciones públicas. Si no hay un intenso debate cultural, la democracia mexicana sólo será un sistema para la administración del voto. No una democracia "sin adjetivos", sino una democracia sin contenidos, sin objetivos, sin fines, sin ideas; con muchos representantes, pero incapaz de representarse. Y eso, evidentemente, no es una democracia. ■

NOTAS

¹ El discurso del presidente, pronunciado el 1º de diciembre del 2000, en www.presidencia.gob.mx

² Tanto el decreto de creación del INBA como su exégesis en *Dos Años y medio del INBA*, INBA, México, 1950, pág. 15.

³ *Ibid.*, pág. 109

⁴ El PNC puede consultarse en la página del CNCA: www.cnca.gob.mx